





# Los perales tienen la flor blanca

Colección Rayos globulares

(20)

**R**

Este libro fue publicado con el apoyo de la  
Fundación neerlandesa de las letras.

**N**ederlands  
letterenfonds  
dutch foundation  
for literature

Primera edición: septiembre 2015

Título original, *Perenbomen bloeien wit*

© 1999 and 2007 by Gerbrand Bakker  
and Cossee Publishers, Amsterdam

© de la traducción del neerlandés, Maria Rosich

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2015

© de la fotografía de Gerbrand Bakker, Ella Tilgenkamp

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta: Llorenç Pons Moll

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

08015 Barcelona · rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

 RayoVerdeEditorial  @Rayo\_Verde

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B - 17116-2015

ISBN: 978-84-15539-99-5

BIC: FA

Impreso en España - Printed in Spain

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto  
por ACE Traductores.

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar  
al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un  
amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo  
impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje  
de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total  
o parcial de esta obra para su uso personal.

**Los perales  
tienen la flor blanca**  
**Gerbrand Bakker**

Traducción de Maria Rosich

**Rayo verde**  
*editorial*



## Negro

Era un juego que teníamos antes. Jugamos durante años. Hasta hace seis meses; aquélla fue la última vez. Después ya no tenía sentido. Siempre empezábamos fuera, al lado de la vieja haya que hay delante de la ventana del salón. El haya era el punto de salida. Poníamos una mano en la corteza, y normalmente contaba Klaas. Klaas es el mayor de los tres, nació diez minutos antes que Kees. Gerson tiene tres años menos que nosotros y vino solo, sin hermano gemelo. Tiene dos hermanos que son gemelos, y éstos somos nosotros, Klaas y Kees.

Antes de empezar la cuenta atrás, uno de nosotros nombraba la meta. La puerta de la cocina, los sauces desmochados, el gallinero del vecino. A veces incluso lugares más alejados: el alambre de púas que separa los dos terrenos que hay al lado de nuestra casa, el ventanuco del aseo de los vecinos. Muy de vez en cuando, una meta de carne y hueso: nuestro padre, el perro. El inconveniente de las metas de carne y hueso es que se mueven, y eso puede ser problemático. Especialmente en el caso del perro: ganaba quien mejor silbaba, pero no porque

alcanzara la meta, sino porque la meta lo encontraba a él.

Gerson siempre se inventaba las metas más difíciles: objetivos que nos obligaban a caminar mucho, a dar rodeos y superar obstáculos. Los troncos del otro lado de la zanja y la alambrada, matas, lápidas. Y no cualquier lápida, sino lápidas concretas, de modo que tenías que intentar descifrar con los dedos el nombre que Gerson hubiese dicho. Él iba a menudo al pequeño cementerio que había en una colina enfrente de nuestra casa, en diagonal. Era un cementerio muy antiguo en el cual muy raramente se colocaban lápidas nuevas. Gerson se conocía todas las losas de memoria, se las sabía al dedillo. Nosotros no. Si designaba una lápida como meta, nosotros teníamos que leer el texto con los dedos, y eso no es fácil.

—Tres, dos, uno, ya —decía Klaas, siempre muy despacio.

A la de tres ya cerrábamos los ojos. A la de dos intentábamos memorizar la casa y el entorno como si fuese una fotografía. Pero por muy despacio que contara Klaas, nunca era tiempo suficiente para imprimir esa imagen; nuestras fotos mentales siempre tenían manchas grises y borrosas. Esas manchas eran los lugares que nos costaba encontrar a ciegas. A la de ya, apartábamos las manos del tronco del haya. Durante los primeros pasos cautelosos, chocábamos a menudo unos con otros; al fin y al cabo, los tres íbamos a por la misma meta. Pero después de los primeros pasos, nuestros caminos se separaban. Teníamos fotos mentales distintas, caminábamos en direcciones distintas. Intentábamos avanzar sin hacer ruido; nada debía desviar nuestra atención ni delatar nuestra posición a los demás.

Si no hacía viento, reinaba un gran silencio. Intentá-

bamos oír las pisadas de los demás, y eso hacía que nos pitasen los oídos. Si había viento, silbaba huracanado entre los árboles. ¿De qué árbol venía cada ruido? El murmullo suave procedía del chopo solitario que había al lado del cobertizo de las bicicletas. El susurro seco y corto tenía que ser de la hilera de sauces desmochados que había a lo largo de la zanja, al lado de la casa. El zum-bido flojo, casi como un crujido, era del cedro del jardín trasero. El viento nos orientaba; habíamos aprendido a reconocer los sonidos de los árboles.

Nadie hacía trampas, de eso estábamos seguros, ése era el pacto. Si alguno de nosotros abría los ojos (te puede pasar aunque no quieras), gritaba «estoy fuera» y la cosa se decidía entre los otros dos. A Gerson se le daba bien el juego, muy bien, pero también era quien más a menudo gritaba «estoy fuera».

—Vosotros sois dos —decía a veces—, yo tengo que hacerlo todo solo.

Nosotros le preguntábamos a qué se refería.

—Yo qué sé.

—¿Crees que miramos, o qué? —preguntó Klaas.

—No. Pero os sentís el uno al otro. Apuesto a que sabéis dónde está el otro hasta con los ojos cerrados.

—Qué va —dijo Kees—. No sé dónde está Klaas, y no tengo ni idea de dónde estás tú.

Después Gerson lanzaba miradas asesinas y se pasaba un rato en silencio. Nosotros tampoco decíamos nada. Sabíamos que siempre volvía a hablar, aunque a veces podía tardar mucho. Gerson tenía muchos celos de nosotros. A menudo se sentía solo, justamente cuando estábamos los tres juntos.

—No sabes dónde está Klaas, pero no tienes ni idea de dónde estoy yo. No es lo mismo.

—Yo quería decir lo mismo.

—Ya.

—Sí.

—Quiero volver a empezar —decía Gerson, y volvíamos al haya. Alguien decía otra meta, Klaas volvía a hacer muy lentamente la cuenta atrás, y una vez más retirábamos las manos del tronco.

Jugábamos a este juego a menudo, antes. Habíamos jugado toda la vida. Gerson se moría de ganas de caminar suficientemente bien para poder participar. Cuando teníamos cinco años y empezamos con este juego, a veces, antes de cerrar los ojos, lo veíamos llorando al otro lado de la ventana, frotando el cristal empañado con las manos pegajosas hasta que volvía a quedar transparente. Si no hacía viento, a veces hasta lo oíamos berrear de tantas ganas que tenía de estar con nosotros, con sus hermanos mayores que cerraban los ojos firmemente y a continuación se ponían en marcha más o menos en la misma dirección agitando los brazos.

Poco después de su cuarto cumpleaños le dejamos jugar con nosotros por primera vez. Aquella vez, y muchas otras después de aquélla, hicimos trampas: con los ojos cerrados no podíamos ver si se caía en alguna zanja. Por aquel entonces caminaba bien y también sabía hablar, pero cuando puso la mano en el tronco del haya y cerró los ojos, sólo dijo una palabra. Primero no le entendimos bien.

—¿Qué dices, Gerson? —preguntó Klaas, que ya había empezado la cuenta atrás.

—Negro —dijo Gerson. No abrió los ojos ni mientras hablábamos. Los había cerrado con tanta fuerza que las mejillas casi le tocaban las cejas, y veíamos claramente sus pequeños dientes de leche—. Negro —repitió. Se acababa de inventar el nombre del juego.

No mejorábamos, ni nosotros ni Gerson. Daba lo mismo cuántas veces jugásemos, o que nos marcásemos el mismo objetivo un par de veces seguidas: seguía siendo difícil. Aun después de diez intentos no encontrabas la cisterna del agua a ciegas como si nada. El juego era distinto cada vez. Creemos que era por los ruidos; los ruidos siempre son distintos. Viento fuerte, brisa, un coche que pasa, pájaros (especialmente las garzas, que chillan de aquella manera desde los árboles altos que rodean el cementerio), caballos que se lanzan al trote cuando te ven desde el otro lado de la zanja. O quizás es por el tiempo. Sol, llovizna, chubascos, nieve, granizo. Cada día era distinto. Cada vez que jugábamos a Negro, era como empezar de cero. Como si el tiempo que pasábamos con los ojos abiertos nos contaminara el juego.



## Viajes

Padre tenía un coche muy viejo y pequeño. Antes teníamos dos coches, ése viejo y pequeño, y otro grande y reluciente. Madre se fue un día en el grande y reluciente y nunca volvimos a ver a ninguno de los dos.

—Está en el extranjero —dijo nuestro padre, que se llama Gerard—. Con otro hombre. Un hombre extranjero.

Nosotros éramos lo suficiente mayores para mantener la boca cerrada, pero Gerson, que todavía no lo era, preguntó:

—¿Por qué?

Recibíamos tarjetas tuyas cinco veces al año: en nuestros cumpleaños y en fin de año. Apenas decía nada: «Muchas felicidades por tu cumpleaños» o «Feliz año nuevo, ¡que lo disfrutes!». Nunca le escribimos de vuelta, porque no sabíamos a dónde enviar la tarjeta.

—¿Por qué no lo sabemos? —preguntó Gerson. Gerard respondió que nunca nos había dado su nueva dirección. En la primera tarjeta, y en todas las que siguieron, había un sello italiano. El extranjero era Italia, y el hombre extranjero, un italiano. Gerard se había pasado

muchas noches mirando los sellos a través de una lupa, pero no consiguió leer lo que ponía. Más adelante lo intentó un par de veces más, y finalmente se rindió.

—Lo hace adrede —aseguró—, siempre es ilegible.

Mientras Gerard estudiaba los sellos hasta estropear-se la vista, nosotros tres nos inclinábamos sobre el mapa de Italia que venía en el atlas. Kees señalaba ciudades y pueblos, y si los nombres no eran demasiado difíciles, Gerson los leía en voz alta.

—¿Está ahí? —preguntaba después de Milán.

—¿Vive en Roma? —preguntaba después de Roma.

—¿Ahí, entonces? —después de Nápoles. El dedo de Kees iba bajando cada vez más al sur, y Klaas no dejaba de repetir «no lo sabemos, Gerson».

—Pero en algún sitio tiene que estar, ¿no? ¿Pues dónde? ¿Por qué no lo dice nunca? ¿Es bonito Italia? ¿Cómo hablan? ¿Está mamá en casa de alguien? ¿Y cuándo volverá?

El único modo de acabar con las preguntas era cerrar el atlas de golpe.

Nuestro perro se llama Daan. Es un terrier Jack Russell de pelo duro. Lo compró Gerard.

—Estará bien tener un perrito avisado en el jardín y en el prado —dijo—. A lo mejor caza topos.

No fue así; a Daan no le gustaban los topos, ni mucho menos las ratas o los ratones, que le daban miedo. También le daban miedo las zanjas y la carretera, pero eso nos convenía, así sabíamos que no se ahogaría ni lo atropellaría ningún coche. A Daan le gustaban madre y Gerson. Aunque Gerard era quien lo había elegido y comprado, Daan no le tenía mucho afecto, y a nosotros sólo nos usa-

ba para que le tiráramos palos y pelotas de tenis por el jardín de atrás. Es extraño cómo los perros cogen afecto a determinadas personas por motivos inexplicables. Normalmente es a una sola persona, pero Daan cogió afecto a madre y a Gerson.

Se pasó meses gimoteando silenciosamente en la puerta de atrás, especialmente a la caída de la noche. Gerard y nosotros no podíamos hacer nada, sólo se dejaba consolar por Gerson. Gerson se sentaba al suelo a su lado, apoyado en la lavadora, y hablaba con él. Rollos larguísimo sobre cualquier cosa. No importaba lo que dijese, lo importante era el sonido de su voz. No acariciaba a Daan ni le decía palabras amables, pero le hablaba hasta que le saltaba al pecho y empezaba a lamerle el rostro y a menear la cola como un loco, lo cual era una imagen ridícula, porque los terriers de Jack Russell apenas tienen cola. Un día, Gerson no fue a la despensa cuando oímos el llanto suave de Daan desde el comedor.

—Gerson, ve a ver a Daan —dijo Gerard.

Pero Gerson no hizo nada. Se quedó sentado donde estaba, ojeando la puerta abierta de la cocina de vez en cuando. Los gimoteos de Daan aumentaron de volumen.

—Gerson, haz algo con ese perro —dijo Gerard, que se estaba poniendo nervioso y no conseguía prestar atención a la televisión.

—No —dijo Gerson—. Es él quien tiene que hacer algo.

Poco después, Daan entró corriendo en la sala. Perdió el equilibrio al pisar el parqué, resbaló por la sala, se estabilizó en la alfombra, pegó un salto de al menos dos metros y aterrizó en el regazo de Gerson. Dio un par de vueltas con sus patitas cortas, ladró una sola vez muy

fuerte y después se tumbó pacíficamente.

—Muy bien —dijo Gerson—. Ahora ya ha acabado de quejarse. Se le ha olvidado. Ahora sabe que mamá no va a volver nunca.

Gerard hizo una mueca extraña cuando Gerson dijo aquello.

—Cuatro hombres en una cafetera.

Gerard repetía esta misma frase siempre que íbamos los cuatro en coche a alguna parte. Nos hacía pensar en libros juveniles de aventuras, apasionantes y antiguos. Gerard tenía un montón de libros de éstos en su cuarto. Se los había regalado su padre, nuestro abuelo. Nos dejaba leerlos, pero cuando terminábamos teníamos que devolverlos enseguida a su sitio. Y ni hablar de prestarlos a ningún amigo.

—Son un legado —decía Gerard—, y hay que tratarlos con mucho cuidado.

Sospechábamos que él también se los leía, especialmente después de la desaparición de madre.

El coche era viejo y pequeño, pero estaba bien conservado. Era azul claro o verde claro, las opiniones sobre este punto son dispares; ya lo dicen, que todos los hombres son daltónicos. Gerard y Kees decían que era azul, Klaas y Gerson, que verde. Como no conseguíamos ponernos de acuerdo, habíamos llegado a un compromiso, un compromiso que años atrás había verbalizado Gerson. Un día, cuando ya hablaba bastante bien (era poco después de que le dejásemos jugar con nosotros por primera vez), caminaba con Gerard por el patio y el jardín.

—¿De qué color son esas hojas? —preguntó Gerard.

—Color verde —dijo Gerson sin pensar.

—¿Y la cisterna?  
—Color negro.  
—No.  
—¿Marrón?  
—Mejor.  
—Negro es cuando vamos al haya —dijo Gerson.  
—Exacto —dijo Gerard.  
—¿Y el cielo, ahí arriba?  
—Azul —Gersonladeó la cabeza—. Y un poco blanco  
—añadió.

Cuando se plantaron delante del coche, apareció una profunda arruga sobre la nariz de Gerson.

—Anda, di —le animó Gerard.

Gerson reflexionó un momento, y dijo:

—Moco.

—¿Moco?

El coche era de color moco y así se quedó.

Muchas veces éramos dos hombres en una cafetera, o tres hombres en una cafetera. Gerson y nosotros teníamos bicicletas. Cuando Gerard iba a comprar, por ejemplo si iba al supermercado o al centro de jardinería a por plantas, nunca le acompañábamos los tres, porque el coche era tan pequeño que la compra o las plantas no habrían cabido.

Gerard lo reparaba él mismo, lo lavaba regularmente y después lo enceraba. Bueno, cuando tenía el día libre. Gerard trabaja en una empresa de esas que tienen tres nombres ingleses. Como todo es inglés, tanto su cargo como su jefe, no sabemos a qué se dedica exactamente. Pero sí que sabemos que trabaja mucho, a veces también por las noches o los fines de semana. A lo mejor es por

eso que madre se fue con otro, porque Gerard estaba tan poco tiempo en casa.

De vez en cuando nosotros ayudábamos a lavar el coche, pero siempre lo hacíamos mal, o no lo suficientemente bien.

—Las llantas también, eh —suspiraba Gerard—. Y las matrículas.

El día de lavar el coche, que solía ser sábado, era un día entrañable. Estábamos fuera los cuatro, Daan corría en círculos arriba y abajo, pero sin cruzar nunca las zanjas que rodeaban la casa. Jugábamos a Negro, que esos días era especialmente difícil porque Gerard y el coche nos obstaculizaban el paso, y por la tarde comíamos creps que preparábamos por turnos.

En invierno, si nos parecía que hacía demasiado frío para salir, nos sentábamos los tres a leer en el comedor y mirábamos hacia fuera, donde grandes nubes de vapor casi ocultaban a Gerard. Siempre cantaba mientras lavaba el coche; no dejaba de cantar ni cuando se golpeaba con los brazos para resistir el frío, lo cual sonaba muy raro. No sabemos si es posible, pero si lo es, Gerard amaba su coche de color moco. Y quería que nosotros compartiéramos la sensación, por eso siempre tenía algo que decir cuando nos poníamos manos a la obra con la manguera y la aspiradora. Pero nosotros, y Gerson también, preferíamos a madre. Nuestra madre, que un día desapareció en el coche grande y brillante y no regresó jamás.

Por mucho trabajo que tuviese, en verano Gerard siempre se tomaba dos o tres semanas libres. Cuando hacíamos viajes, íbamos los cuatro en el coche. Bolsas de

ropa entre las piernas, sacos de dormir que limitaban la visibilidad por el cristal trasero. El pequeño maletero iba totalmente lleno de material de acampada; la puerta quedaba medio abierta y la atábamos con una cuerda al gancho del remolque. Suerte que Daan es pequeño y siempre cabía. Cargar el coche era una actividad que tenía que hacerse con conocimiento de causa, paso a paso, bolsa a bolsa. Cuando entrábamos nosotros, quedábamos totalmente confinados y no podíamos ir hacia ninguna parte, excepto adelante. Hacia la autopista. Gerard siempre conducía por el carril derecho. No porque le gustara, sino porque no tenía otra opción. No podía adelantar a nadie, ni siquiera a los camiones que sólo pueden ir a ochenta pero siempre van más rápidos. Además, cuando nos adelantaba un camión grande, zarandeaba el coche de tal manera que era peligrosísimo. A nosotros no nos importaba ir por el carril derecho; así al menos veías algo del paisaje. A Gerson también le parecía bien. Siempre pasaba un mal rato en el coche, especialmente en la autopista, donde los vehículos que nos adelantaban a toda velocidad lo mareaban. Si alguna vez Gerard iba por la izquierda porque no había otra opción, Gerson se ponía a sudar al ver los coches que se le acercaban a toda velocidad.

—Pero ¿dónde va tanta gente? —preguntaba, sin dirigirse a nadie en particular, siempre que hacíamos un viaje largo—. ¿No podrían quedarse en casa?

Al único al que le sabía mal no poder ir más rápido era al propio Gerard. A medida que avanzábamos, cada vez iba más inclinado sobre el volante. A veces empezaba a pegar botes en su asiento sin darse cuenta, como si quisiese impulsar el coche con su propia masa corporal.

—Gerard —decía Gerson entonces.

—¿Qué?

—Estás dando botes.

—Sí, me estaba quedando un poco rígido, tanto rato sentado.

—Ya.

Luego todo iba bien durante un ratito.

Uno se figuraría que íbamos a Italia todos los veranos; al fin y al cabo, nunca se sabe a quién nos podríamos encontrar. Pero no: siempre habíamos ido a Francia y eso no cambió. Un verano, la costa atlántica; el siguiente, un *trekking* por los Pirineos. Hace dos veranos estuvimos en la Provenza, al sur de Francia. Un día, en Aviñón, Gerson y nosotros nos habíamos bañado en la piscina y después de cenar nos sentamos a la mesa de *camping* con los ojos enrojecidos. Gerard sacó el mapa para comentar los planes del día siguiente.

—¿Qué escala tiene este mapa? —preguntó Gerson.

—Uno a quinientos mil —dijo Gerard.

—¿Y eso qué significa?

—Que un centímetro son cinco kilómetros.

Lo vimos calcular.

—Italia está a sólo ciento cincuenta kilómetros de aquí.

—¿Y qué? —preguntó Gerard.

—Si mañana por la mañana nos metemos en el coche a las nueve, a las once estaremos en Italia.

—¿Y qué se nos ha perdido en Italia? Estamos de vacaciones en Francia.

—Es sólo que quiero verlo alguna vez. Venimos a Francia todos los veranos.

Gerson nos miró.

—Sí —dijo Klaas—. Nosotros también queremos ir a Italia.

Gerard suspiró profundamente.

—¿Creéis realmente que si cruzamos la frontera, encontraremos a vuestra madre ahí esperándonos?

—No es por eso —dijo Klaas—. Italia nos parece un país bonito.

—Italia es muy feo —dijo Gerard—. Hace muchísimo calor, los italianos son unos chillones pesados cuyo pasatiempo favorito es atropellarte con sus ridículas motocicletas, tienes que cagar de cuclillas, pillas intoxicaciones alimentarias, o en todo caso diarreas graves, sólo hablan italiano y se niegan a hablar inglés o neerlandés, cada dos por tres hay incendios forestales (que normalmente provocan ellos mismos), los trenes siempre llegan tarde, todo el mundo va tarde a todas partes, los camareros de las terrazas son antipáticos, si no llevas el dinero encadenado al cuerpo te lo roban en un pispás, y si quieres visitar un museo, siempre lo encuentras cerrado por obras.

—¿Tú has estado alguna vez? —preguntó Gerson.

—Ni falta que me hace. No soy tonto.

—Pues ya veo que no vamos a ir —dijo Kees.

—Lástima —dijo Klaas—. Justo ahora que nos apetecía tanto.

—Sí que vamos a ir —dijo Gerard—. Salimos mañana a las ocho.

Tardamos cuatro horas en llegar a la frontera, porque mucha gente iba a Italia.

—¿Qué tiene que hacer tanta gente en Italia? —preguntó Gerson, pero ya no le contestamos.

Gerard aparcó el coche en la plaza del primer pueblo italiano que nos encontramos. Daan saltó inmediatamente del coche caluroso y empezó a correr en círculos como un loco. Dos chicos cruzaban la plaza en motocicleta. No habíamos ni bajado del coche cuando Daan se volvió a meter en él. Gerard sacó la correa de la guantera y ató al perro.

—Yo me siento ahí en esa terraza —dijo—, vosotros haced lo que queráis.

Cerró el coche, masculló algo más y se dirigió al bar. Daan le siguió dócilmente, aunque miró atrás un par de veces para ver por dónde andaba Gerson.

Dos horas más tarde, Gerson y nosotros volvimos a la plaza. Durante ese rato habíamos mirado al interior de todas las casas del pueblo. Bueno, si se podía; muchas tenían los postigos de las pequeñas ventanas cerrados. Era un pueblo muy pequeño; la plaza era el centro neurálgico en el que desembocaban un par de calles. Había una sola tienda (una tienda de comestibles) y un barbero, y ambos estaban cerrados. No había nada que hacer, no nos habíamos cruzado con nadie y nos moríamos de calor.

—¿Tres colas? —preguntó Gerard.

—Por favor —dijimos los tres a la vez.

Daan se subió de un salto al regazo de Gerson y Gerard pidió las tres colas, un *espresso* y un vaso de agua.

Nos quedamos en silencio en aquella plaza de un pueblo italiano. Nos bebimos las colas y observamos los grandes plátanos que daban sombra a la plaza. Del bar salían unos sonidos incomprensibles que subían y bajaban de intensidad. Sonaba muy fuerte, y todavía subió de tono antes de volver a bajar, aunque nunca llegó a ser suave.

—Lo de que gritan es verdad —dijo Klaas, dejando su vaso en la mesa con un golpe.

—Y hace muchísimo calor —añadió Kees.

—Gerson, ve a ver si hay que cagar de cuclillas —dijo Gerard.

Pensamos que iba en broma, y a lo mejor así era, pero Gerson dejó a Daan en el suelo y entró obedientemente en el bar. Los sonidos que salían por la puerta enmudecieron casi enseguida, y al cabo de poco volvieron a hincharse. Después volvió a hacerse el silencio en el bar y enseguida reapareció Gerson.

—Sí —dijo—. Seguro que mañana tendré agujetas.

—Vámonos —dijo Gerard.

Nos metimos en nuestro horno color moco. Gerard salió marcha atrás y tuvo que frenar en seco porque pasaban dos chicos en motocicleta por detrás del coche. Daan ladró y nosotros suspiramos.

En cuanto cruzamos la frontera, el silencio en el coche se volvió más profundo. Era como si nuestros pensamientos (que, naturalmente, estaban centrados en una persona) expulsaran el último resto de ruido del coche. A través del parabrisas vimos que Francia se extendía delante de nosotros. Daan había puesto las patas delanteras en la bandeja del maletero y lamía el cristal trasero. Fue el único que vio cómo Italia desaparecía de la vista.